

PAPA FRANCISCO

Os ruego  
en nombre  
de Dios

Por un futuro  
de esperanza



*Primeras páginas*

*Extracto especial autorizado del contenido del libro*

Mensajero

Grupo de  
Comunicación  
Loyola

PAPA FRANCISCO

# OS RUEGO EN NOMBRE DE DIOS

*Por un futuro de esperanza*

Hernán Reyes Alcaide (ed.)

 Mensajero

## ÍNDICE

<i>Abreviaturas</i> .....	9
<i>Introducción</i> .....	11
1. En nombre de Dios pido que se erradique en la Iglesia la cultura de los abusos .....	17
2. En nombre de Dios pido que protejamos la casa común .....	29
3. En nombre de Dios pido una comunicación que combata las <i>fake news</i> y evite los discursos de odio .....	41
4. En nombre de Dios pido una política que trabaje por el bien común .....	53
5. En nombre de Dios pido que se frene la locura de la guerra .....	67
6. En nombre de Dios pido que se abran las puertas a los migrantes y refugiados .....	79
7. En nombre de Dios pido que se promueva y anime la participación de las mujeres en la sociedad .....	91
8. En nombre de Dios pido que se permita y fomente el crecimiento de los países pobres .....	105
9. En nombre de Dios pido que se universalice el acceso a la salud .....	119
10. En nombre de Dios pido que su nombre no sea utilizado para fomentar guerras .....	133
<i>Epílogo: Peregrinos de la esperanza</i> .....	147
<i>Post scriptum</i> .....	155

## 5

### EN NOMBRE DE DIOS PIDO QUE SE FRENE LA LOCURA DE LA GUERRA

Hace más de dos mil años el poeta Virgilio plasmó en uno sus versos que «no hay salvación en la guerra»<sup>28</sup>. Cuesta creer que desde entonces el mundo no haya aprendido de la barbarie que significan las peleas entre hermanos, compatriotas y países. La guerra es la señal más clara de inhumanidad.

Ese grito desesperado sigue en pie. Durante años no hemos escuchado las voces de hombres y mujeres preocupados por frenar todo tipo de conflictos armados. El magisterio de la Iglesia no ha ahorrado palabras para condenar la crueldad de la guerra y, durante los siglos XIX y XX, mis predecesores la calificaron como «un flagelo» que «jamás» puede resolver los problemas entre las naciones; sostuvieron que su explosión representa «una matanza inútil» con la que «todo puede perderse» y que, en definitiva, «siempre es una derrota de la humanidad» (DSI 497). Hoy, al pedir en nombre de Dios que se ponga fin a la locura cruel de la guerra, considero además que su persistencia entre nosotros es el verdadero fracaso de la política.

---

<sup>28</sup> VIRGILIO, *Eneida*, libro XI, línea 362.

La guerra en Ucrania, que acercó a las conciencias de millones de personas del centro de Occidente la cruda realidad de un drama humanitario que se daba ya hace tiempo y simultáneamente en varios países, nos mostró la crueldad del horror bélico. En el siglo pasado, en solo treinta años, la humanidad tropezó dos veces con la tragedia de una guerra mundial. Aún hay entre nosotros personas que llevan grabados en sus cuerpos los horrores de esa locura fratricida. Muchos otros pueblos tardaron décadas en recuperarse de las ruinas económicas y sociales provocadas por los conflictos. Hoy asistimos a una tercera guerra mundial en pedazos, pero que amenazan con hacerse cada vez más grandes hasta tomar la forma de un conflicto global. [...]

Al rechazo explícito de mis predecesores, los acontecimientos de las primeras dos décadas de este siglo me obligan a agregar, sin ambigüedades, que no hay ninguna ocasión en la que una guerra pueda considerarse justa. No hay jamás lugar para la barbarie bélica, menos aún cuando la contienda adquiere uno de sus rostros más injustos: el de las supuestas *guerras preventivas*. La historia reciente nos dio ejemplos, incluso, de *guerras manipuladas*, en las que se crearon falsos pretextos y se manipularon evidencias para justificar ataques a otros países. Por eso pido a las autoridades políticas que pongan freno a las guerras en curso y que no manipulen la información o engañen a sus pueblos para la consecución de objetivos bélicos.

---

La guerra nunca está justificada, porque jamás será una solución: basta pensar el poder de destrucción de los armamentos modernos para imaginar los altos riesgos de que una guerra desencadene conflictos mil veces mayores que la supuesta utilidad que algunos ven en ellos.

La guerra también es una respuesta ineficaz, jamás resuelve los problemas que pretende superar. ¿Vemos que Yemen, Libia o Siria, por citar algunos ejemplos contemporáneos, estén mejor que antes de los conflictos?

Si algunos piensan que la guerra puede ser la respuesta, debe ser porque equivocan las preguntas. Que aún hoy debamos ser testigos de conflictos armados, invasiones o ataques relámpago entre países es una muestra de la falta de memoria colectiva. ¿No nos enseñó el siglo XX el riesgo que afronta toda la familia humana ante la escalada bélica?

Si de verdad todos hemos contraído el compromiso de poner fin a los conflictos armados, necesitamos mantener viva la memoria para saber actuar a tiempo y detenerlos en su fase de gestación, antes de que estallen con el uso de la fuerza militar. Y para ello, necesitamos diálogo, negociación, escucha, habilidad y creatividad diplomática, y una política con visión de futuro capaz de construir un sistema de convivencia que no se base en el poder de las armas o en la disuasión.

Y porque la guerra «no es un fantasma del pasado, sino que se ha convertido en una amenaza constante» (FT 256), quiero recordar una vez más al escritor Elie Wiesel, superviviente de los campos de exterminio nazis, quien decía que hoy en día es imprescindible realizar una «transfusión de memoria» y convocaba a tomar un poco de distancia del presente para escuchar la voz de nuestros antepasados.

Escuchemos esa voz para no ver nunca más las caras de la guerra. Porque la locura bélica queda impresa en la vida de quienes la sufren en primera persona: pensemos en los

rostros de cada madre y de cada niño que deben huir de forma desesperada; en cada familia ultrajada; en cada persona catalogada como «daño colateral» de los ataques sin ningún respeto a su vida.

Veo contradicción entre quienes reivindican sus raíces cristianas y después impulsan conflictos bélicos como manera para resolver los intereses de parte. ¡No! Un buen político siempre debe apostar por la paz, un buen cristiano siempre debe elegir la vía del diálogo. Si llegamos a la guerra es porque fracasó la política. Y cada guerra que se inicia es también un fracaso de la humanidad.

Por eso debemos redoblar nuestros esfuerzos en la construcción de una paz duradera. Nos valdremos de la memoria, la verdad y la justicia. Necesitamos todos juntos abrir camino a una esperanza común. Todos podemos, y debemos, ser parte en este proceso social de construcción de la paz. Este empieza en cada una de nuestras comunidades y se eleva como un grito hacia las autoridades locales, nacionales y mundiales. Porque de ellas depende la toma de acciones que frenen la guerra. Y a ellas, en mi pedido en nombre de Dios, también les ruego que se termine ya mismo la producción y el comercio internacional de armas.

El gasto mundial en armamento es uno de los escándalos morales más grandes del presente. Es, además, una muestra de la contradicción que existe entre hablar de paz y, al mismo tiempo, promover o permitir el comercio de armas.

Cuánto más inmoral es que países de los denominados desarrollados en ocasiones cierren sus puertas a las personas que huyen de las guerras que ellos mismos promueven con la venta de armas... Sucede incluso aquí en Europa y es una traición al espíritu de los padres fundadores.

La carrera de armamentos es una prueba de la desmemoria que nos puede invadir o, peor aún, de la insensibi-

lidad. En 2021, en medio de la pandemia, el gasto militar mundial superó por primera vez los dos mil millones de dólares. Son datos de un importante centro de investigación de Estocolmo que nos muestran que, de cada cien dólares que se gastaron en el mundo, 2,2 fueron destinados a las armas<sup>30</sup>.

Con la guerra hay millones que pierden todo, pero hay muchos que ganan millones. Es desolador incluso sospechar que muchas de las guerras modernas se hacen para promocionar armas. Esto se tiene que parar. A los responsables de las naciones, en nombre de Dios, les pido que se comprometan con firmeza a poner fin al comercio de las armas, que causa tantas víctimas inocentes. Que tengan valentía y creatividad para reemplazar la fabricación de armamento con industrias que promuevan la fraternidad, el bien común universal y el desarrollo humano integral de sus pueblos. Frente a la industria armamentista y todo lo que implica, me gusta recordar los pequeños gestos del pueblo que, incluso a través de actos individuales, no deja de mostrar que la verdadera voluntad de la humanidad es estar libre de guerras. [...]

Pero, más allá del problema del comercio internacional de armas que se destina a guerras y conflictos, no deja de preocupar la creciente facilidad con la que en muchos países se accede a las armas denominadas «de uso personal», por

---

<sup>30</sup> Cf. *SIPRI Yearbook 2021: Armaments, Disarmament and International Security*.



lo general de bajo calibre, pero a veces también rifles de asalto o de gran potencia. ¿Cuántos casos hemos visto de niños muertos por manipular armas en sus casas? ¿Cuántas masacres se han perpetrado por el fácil acceso a las armas que hay en algunos países?

Legal o ilegal, a gran escala o en supermercados, el comercio de armas es un grave problema que se extiende por el mundo. Sería bueno que estos debates tengan más visibilidad y se busquen consensos internacionales para que, a nivel global, se avance en restricciones para la producción, comercialización y tenencia de estos instrumentos de muerte.

Cuando hablamos de paz y seguridad en el mundo, la primera organización en la que pensamos es precisamente la Organización de las Naciones Unidas (la ONU), y en particular el Consejo de Seguridad. La guerra en Ucrania evidenció una vez más la necesidad de que el actual diseño multilateral encuentre caminos más ágiles y eficaces para la resolución de conflictos.

En momentos de guerras es crucial sostener que necesitamos más y mejor multilateralismo.

La ONU se construyó sobre una Carta que buscó plasmar el rechazo a los horrores que la humanidad experimentó durante las dos guerras del siglo XX. Aunque la amenaza de perpetuar los horrores continúa, el mundo actual no es el mismo, por lo que es necesario repensar estas instituciones para que den respuesta a la nueva realidad existente y sean fruto de un consenso lo más amplio posible. [...]

La necesidad de esas reformas quedó más que clara tras la pandemia, cuando se hicieron más evidentes los límites que encuentra el actual sistema multilateral. La distribución de vacunas nos dio claros ejemplos de cómo a veces pesa más la ley del más fuerte que la solidaridad.

Tenemos por delante, pues, una ocasión que no se puede desaprovechar para pensar y llevar adelante reformas orgánicas para que las organizaciones internacionales recuperen su vocación esencial de servir a la familia humana, cuidar la casa común y preservar la vida de toda persona y la paz. [...]

Pero no quiero cargar toda la responsabilidad sobre las organizaciones, que en definitiva no son más –aunque tampoco menos– que un ámbito de reunión de los Estados que las componen y determinan su política y actividades. Y ahí está la base de la deslegitimación y el deterioro de los organismos internacionales: que los Estados han perdido la capacidad de escucharse mutuamente para la toma de decisiones consensuadas y favorables al bien común universal. Todo andamiaje legal será en vano si no existe el compromiso de los interlocutores, la disponibilidad a una discusión leal y sincera, y la voluntad de aceptar las inevitables concesiones que nacen del diálogo entre las partes. Si los países que integran estos organismos no muestran intención política de hacerlos funcionar, estamos ante un real retroceso.

En cambio, vemos cómo prefieren imponer sus ideas o intereses de forma muchas veces inconsulta. [...]

Solo si aprovechamos la ocasión de la pospandemia para reformular estos organismos podremos crear instituciones con las que afrontar los grandes desafíos, cada vez más urgentes, que tenemos por delante, como el cambio climático o el uso pacífico de la energía nuclear.

En ese sentido, así como desde mi carta encíclica *Laudato si'* hablé de promover una «ecología integral», creo que el debate sobre la reestructuración de organismos internacionales tiene que ir de la mano del concepto de *seguridad integral*, es decir, ya no solo limitada a los cánones de armamentismo y fuerza militar, sino que, en un mundo que presenta tal nivel de interconectividad como el actual, es imposible tener, por ejemplo, una verdadera seguridad alimentaria sin la medioambiental, la sanitaria, la económica o la social. Y esta es una hermenéutica que tiene que ser la base de toda institución global que busquemos rediseñar, apelando siempre al diálogo, a la creación de confianza entre los países y al respeto intercultural y multilateral. [...]

Con esta urgencia, en un horizonte de condena de la locura de la guerra y de exhortación a redefinir un nuevo marco internacional para las relaciones entre Estados, no podemos obviar la espada de Damocles que pesa sobre la humanidad en forma de armamentos de destrucción masiva, como el nuclear. [...]

Frente a ese escenario nos preguntamos: ¿quiénes tienen esos armamentos? ¿Qué controles hay? ¿Cómo se frena la lógica que especula con el atesoramiento de ojivas nucleares para la disuasión? [...]

En ese contexto, hago mía la condena de san Pablo VI a este tipo de armamento que tras más de medio siglo no pierde vigencia: «Las armas, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna, antes aún de causar víctimas y ruinas, engendran malos sueños; alimentan malos sentimientos; crean pesadillas, desconfianza, tristes resoluciones; exigen gastos enormes; paralizan proyectos de solidaridad y de trabajo útil; alteran la psicología de los pueblos»<sup>35</sup>.

No tenemos que estar condenados al miedo de la destrucción atómica. Podemos encontrar caminos que no nos tengan pendientes de una inminente catástrofe nuclear causada por unos pocos. Forjar un mundo sin armas nucleares es posible, dado que tenemos la voluntad y las herramientas, así como necesario, vista la amenaza que supone este tipo de armamento para la supervivencia de la humanidad.

Tener armas nucleares y atómicas es inmoral. Equivocan el camino quienes piensan que son un atajo respecto del diálogo, el respeto y la confianza, únicos senderos que pueden realmente garantizar una convivencia pacífica y fraterna a la humanidad. Hoy es inaceptable e inconcebible que se sigan volcando recursos en la producción de este tipo de armas, mientras nos asomamos a una gran crisis con consecuencias sanitarias, alimentarias y climáticas contra la que nunca será mucho lo que se pueda invertir. [...]

---

<sup>34</sup> FRANCISCO, Mensaje para la celebración de la LIII Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2020.

<sup>35</sup> PABLO VI, Discurso a los representantes de los Estados en la visita a la Organización de las Naciones Unidas, 4 de octubre de 1965.

La existencia de las armas nucleares y atómicas pone en riesgo la continuidad de la vida humana sobre la Tierra. Así, todo pedido en nombre de Dios para que frene la locura de la guerra incluye también una súplica para erradicar del planeta ese armamento. El reverendo Martin Luther King, [...] expresó con claridad en su último discurso antes de ser asesinado que «ya no se trata de una elección entre violencia o no violencia, sino entre no violencia o no existencia»<sup>37</sup>. Está en nosotros elegir.

Mensajero  
Grupo de Comunicación Loyola

---

<sup>37</sup> Martin Luther KING, «Sermón», 3 de abril de 1968.